



## HISTORIAS INCREÍBLES

DAVID MATEO CANO



## AL CAER LA NOCHE

Llegamos al Álamo sobre las diez de la noche. Veníamos desde Oviedo, ciudad en la que residíamos. Todos estábamos muy cansados, puesto que el viaje había sido largo y tedioso. Lo primero que hicimos fue bajar las cosas e inmediatamente cada miembro de la familia tomó un rumbo diferente: algunos optaron por irse a la cama, otros por ducharse, mi mujer se quedó en el salón viendo la televisión, y mi hijo mediano y yo decidimos comer algo antes de que él me dejara solo, momento que aproveché para salir al patio, donde una corriente de aire me edificó por completo; tanto que me saqué una coca cola fresquita que traíamos en la nevera portátil y me senté en mi cómoda butaca a contemplar las estrellas.

Tal fue la distensión que adquirí, que me quedé profunda y plácidamente dormido. Sin solución de continuidad mi mente me trasportó en un viaje onírico a un lugar en el que jamás había estado. Me encontraba en la terraza de un hotel junto al puerto marítimo, la noche era agradable, de fondo escuchaba unos ecos musicales que con el paso del tiempo fueron desapareciendo progresivamente hasta que todo quedó sumido en un sepulcral silencio que producía una apacible calma en el lugar, la quietud era absoluta. Mis sentidos se centraron en los barcos amarrados en el puerto, en el rugir de las olas de una playa cercana que intuía pero que no veía y en el oscuro firmamento sobre el que brillaban con inusitado fulgor gran cantidad de estrellas.

De repente apareció no sé de dónde un africano de piel oscura como el ébano. Se hallaba estático en un punto, contemplaba algo fijamente. Enfoqué mi visión hacia donde él la tenía clavada, pero me resultó imposible discernir nada. Pasado un periodo de tiempo indeterminado pero que debió de ser largo, giró bruscamente su mirada hacia mí. Me hizo un gesto con el dedo índice indicándome que bajara, le obedecí; a continuación me indicó otra dirección, hacia la cual me dirigí sin rechistar. Llevaba recorridos unos cuantos metros cuando de pronto se me apareció una mujer de mediana edad, rostro afable y dulce sonrisa. Me agarró de la mano como si nos conociéramos de toda la vida y me llevó a dar un paseo junto a ella.

Durante el mismo hablabamos de cosas triviales pero edificantes, todas nuestras conversaciones denotaban una gran complicidad. El paseo transcurrió junto al mar y la montaña. Charlábamos y reíamos, nos contábamos futuros proyectos que nos gustaría realizar. Llegamos al final del camino, donde el inmenso mar nos impedía seguir ca-

minado. Nos sentamos en un banco a contemplar el peculiar paisaje de mar y montaña. Las estrellas parecían estar a nuestro servicio iluminándonos el maravilloso entorno que nos rodeaba. Acabadas las palabras hubo un silencio y luego nos besamos tierna y apasionadamente, al poco ya estábamos desnudos frenéticamente en el suelo salpicados por el agua del mar.

Fue una experiencia sexual irrepetible. Terminada ésta y exhaustos por el esfuerzo, regresamos por el mismo camino por el que habíamos venido. Ella desapareció en el mismo punto donde la encontré, y sin solución de continuidad apenas, volvió a aparecer el hombre que me indicó que la siguiera. Me habló con voz solemne, me dijo que estaba destinado a proporcionarme plácidos sueños cada vez que le viera. Le indagué para saber cuándo le volvería a ver, me dijo entonces que aquel había sido el primero de los sueños y que vendrían más (matizó que no muchos más). Luego añadió que no debía esperarle ni invocarle, ya que él solo aparece cuando nadie le espera. Sin más, me volvió a indicar con el dedo índice que regresara a la terraza desde donde me ordenó bajar; así lo hice sin rechistar. Cuando subí él ya no estaba, provocando que el sueño se disipara al instante, momento en el que me despertó mi hijo mayor.

**HISTORIAS INCREÍBLES** es una sección literaria: los textos publicados en ella son pura ficción, y por lo tanto cualquier posible parecido con la realidad es mera coincidencia.



## DE LA VIDA DE LAS MARIONETAS

por IVÁN CERDÁN BERMÚDEZ

## Cosenza y una carta que nunca trajo a Tarantino a Villaverde

Hay momentos en los que uno cree que la vida va a girar. Lo presente, aunque posteriormente todo sea decepción. Fui a Cosenza en un momento así. En paro, sin opciones claras en España, casi por inercia o por desesperación, acepté la invitación de un festival que había valorado nuestros trabajos: *Carnívoras* y *Reconocerse*.

En *Carnívoras* contábamos la historia de tres hermanas que se destrozaban lentamente. En *Reconocerse* era lo contrario: dos ancianos que se aman, que recuerdan y juegan —tristeza infinita ante el fallecimiento de sus dos protagonistas, mis muy queridos Maite Brik y Carlos Álvarez-Nóvoa—. Dos formas de narrar el desgarrar y el consuelo, dos películas humildes hechas con urgencia, pero también con cuidado.

Cosenza fue un paréntesis gratificante. Recuerdo una cena concreta: Violante Placido, actriz italiana con una carrera sólida, se sentó a mi lado y, entre risas suaves y vino tinto, con la estrecha vigilancia de su madre, me habló de su experiencia rodando *El americano* junto a George Clooney. Yo escuchaba, preguntaba, no tanto por idolatría como por la extrañeza de estar allí. Esa misma noche, al llegar al hotel, encendí la televisión y ahí estaba yo, en Rai 1, con fotografías, como si fuese un trasunto de Woody Allen. ¿Qué hacía yo allí, dando charlas, cuando en España no encontraba ni hueco como sustituto de nada?

Vi películas del festival y tuve entrevistas en la tele. Recuerdo con mucho cariño una charla ante un cine repleto, en la que un catedrático de Filosofía, un crítico de cine y un periodista me preguntaban sobre los cortometrajes. Recuerdo, con fervor y sorpresa para ellos, mi defensa de *Il Casanova* de Fellini y cómo imité el baile que hacía Donald Sutherland con la muñeca. También preguntaron por Pasolini y les conté que había estado en Villaverde. Tuve que explicarles qué barrio era Villaverde, y entendieron que viniese. Me sorprendió mucho la reacción del público y sentí cierta vergüenza cuando me preguntaron en qué estaba trabajando. Intenté responder algo cercano a los planteamientos de Cioran, pero la traductora no lo comprendió, así que tuve que decir algo completamente diferente; ni siquiera recuerdo la respuesta.

La organización del festival, generosa, me ofreció rodar algo durante los momentos sin charlas ni compromisos. No lo dudé. Rodé *Me manci (Me faltas)*, un corto de 12 minutos, en italiano, como homenaje a una frase que me había dicho C.R.Z. Una historia de agotamiento emocional, pero en italiano nada suena igual. Lo protagonizó una actriz maravillosa —Serena Ciofi— que me dijo, en una pausa de rodaje, que esa historia era la que había vivido con su última pareja. ¿Cómo podía saber yo tanto de su vida? Le respondí

que quizá todas nuestras vidas eran la misma. Rodamos rápido, sin grandes medios. Lo curioso fue que había más cámaras grabando el rodaje que gente en el equipo. Una contradicción romántica: la ilusión de lo mínimo.

Ese año, Quentin Tarantino presidía el jurado en la Mostra de Venezia. Una de las organizadoras del festival de Cosenza, que también colaboraba en la Mostra, le pasó una copia de nuestro corto y, horas después, me llegó una carta de Tarantino. Una carta real. Lo primero que pensé es que era una broma, pero no. Fue elogiosa, cálida. Entendía lo que habíamos querido contar. Le había gustado. Me la interpretó la traductora mientras veíamos, con los chóferes, el primer partido de España del primer Mundial que ganó. Todos se sorprendían de que la gran mayoría de los jugadores de la selección me cayesen mal.

Tarantino insistió en que el corto entrase en competición, pero problemas burocráticos lo impidieron. Una carta guardada en una carpeta, como un pequeño trofeo íntimo, pero, como todo, también perdí la carta.

En esos días, mientras recorría calles antiguas y cafés con humo, me ofrecieron la posibilidad de rodar lo que sería mi primer largometraje: *Turbio*. Pero *Turbio*, por razones de esas que se imponen —o sea, las de siempre—, acabó siendo novela. Un guion que mutó para poder sobrevivir. Como nosotros. El cortometraje rodado allí fue a algunos festivales y aquí se proyectó en la Filmoteca. A lo largo de mucho tiempo barajé la posibilidad de escribir toda esta vivencia y transformarla en un diario o en una *nouvelle*. Pero, ¿para qué! Iba a quedar como un fantástico. Hay verdades que es mejor guardárselas uno y no airearlas.

Volví a España igual que me fui: sin trabajo, sin opciones y sin Tarantino viniendo a Villaverde.

**LA MAÑANA DE LAS FOCAS**

PRIMERA NOVELA DE  
**M<sup>a</sup> ANTONIA PÉREZ GARCÍA**

Y AHORA PUEDES CONSEGUIRLA EN

LIBRERÍA  
PUEBLOS Y CULTURAS  
**C/ GILENA, 1**  
(VILLAVERDE)

LAGON & LOZANO MASIP, S.L.

Administradores de fincas

Atendemos todas las urgencias de su Comunidad **24 HORAS** al día de lunes a domingo

91 541 45 73  
616 37 48 55

adminlagon.es

Administrador Fincas Colegiado

LLEVAMOS MÁS DE 15 AÑOS GESTIONANDO COMUNIDADES DE PROPIETARIOS en la Comunidad de Madrid

Avenida de Orovilla, 54 • 28041 Madrid